

**Cúpulas y mausoleos otomanos:
Una continuación de la arquitectura y de los ritos de la muerte de los pueblos
túrquicos preislámicos**

Fadi Sawah
Universidad Granada

1. El Imperio otomano. Orígenes

El nombre del Imperio otomano deriva del nombre del guerrero turco Osman I o Osman Gazi ('Uṭmān I al-Ġāzī 'el conquistador'), quien fundó la dinastía que gobernó este Imperio, llamada otomano (en turco *Osmanlı İmparatorluğu* o *Osmanlı Devleti*). Podemos considerar que el Imperio otomano duró entre los años 1299 y 1922 y llegó a abarcar hasta tres continentes, teniendo su límite norte en Hungría, sur en Adén, oeste en Argelia y este en la frontera con Irán. Su centro fue siempre Anatolia, zona de la actual Turquía, y su capital Estambul (İstanbul).

Este Imperio, de algún modo olvidado por la Historia centro-europea, se enfrentó durante su historia a otros imperios como el bizantino, el hispánico, el austriaco, el ruso o el británico, ante los que acabó cediendo, a pesar de alcanzar importantes momentos en su historia, como la conquista de Constantinopla (ocurrída el 29 de mayo de 1453) y de capitales como Belgrado (conquistada por Solimán el Magnífico el 28 de agosto de 1521) y Budapest (en 1541). Los otomanos amenazaron las costas europeas del Mediterráneo occidental durante varios siglos. Se apoderaron de gran parte del antiguo Imperio islámico, llegando a controlar las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina, y algunos de los sultanes de la dinastía otomana (*osmanlı*) llegaron a ostentar el título de califa.

El origen de los turcos otomanos lo encontramos en unas tribus nómadas de Asia, que habitaban las tierras al Norte de los históricos dominios chinos. Estas tribus túrquicas fueron emigrando en lo que llamamos la migración túrquica, entre los siglos VI y XI e.C., desde la región del sur de Siberia, al Norte de Mongolia, hacia Asia central y de allí a Europa y Oriente Medio. Esta expansión y colonización de nuevas tierras tuvo numerosas causas. Destacaremos las alianzas que los jefes de algunas de estas tribus formaron con el emergente imperio islámico, mientras que, más tarde, por intereses políticos y bélicos, los selyúcidas se asentaron en Anatolia en torno al siglo XI.

Otras tribus túrquicas formaron naciones independientes, como Kirguistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán, y otras permanecieron en sus tierras originales, formando lo que se conoce como Sakha Republic of Siberia, existiendo hasta nuestros días, además, otras tribus seminómadas dispersas por el Lejano Oriente (Maenchen-Helfen & Knight, 444-455).

La alianza con los musulmanes comenzó cuando Tashkent, el jefe de una confederación de tribus turcas del centro de Asia murió a manos de los chinos en el año 751. Su hijo, para vengar la muerte de su padre, pidió ayuda a otras tribus de la confederación y a los ejércitos árabes que se encontraban en su momento más fuerte, realizando importantes y rápidas conquistas islámicas. La alianza consiguió derrotar a los enemigos chinos, lo cual supuso una victoria para los turcos, pero también abrió Asia central frente a las conquistas islámicas (Al-Sayed, 6).

Este primer contacto de los túrquicos con la emergente fuerza islámica, hizo que, con la entrada del siglo XVI, los ejércitos de los califas abasíes y de sus vasallos, vayan teniendo cada vez más soldados turcos, iraníes, kurdos o armenios, mercenarios y esclavos. Este creciente número de soldados fue introduciendo en la sociedad islámica

elementos de otras civilizaciones que ni siquiera habían entrado en el islam. En muchas ocasiones, los gobernantes evitaban el contacto entre estos soldados y la población. El uso de soldados extranjeros, separados de la sociedad y dedicados exclusivamente al oficio de las armas fue en crecimiento, alcanzando su máximo auge con el reinado de mamelucos en Egipto entre los siglos XIII y XVI, durante los que gobernaron el país (Hussām al-Dīn & ‘Abd al-Fattāh, 152).

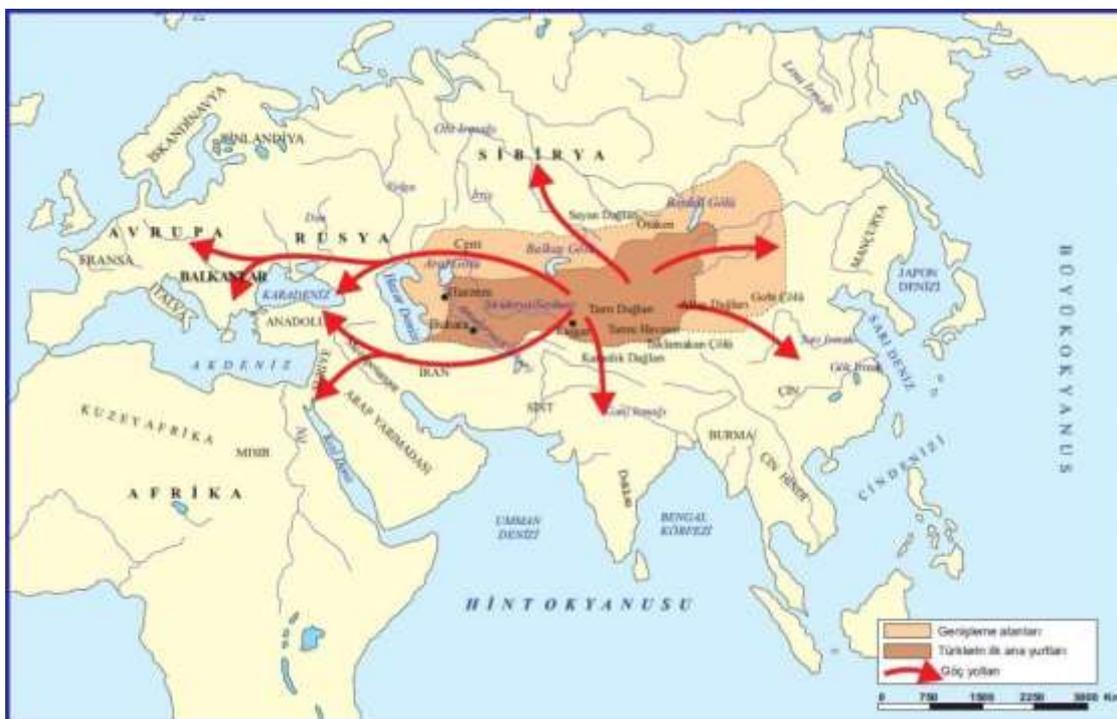


Imagen 1. Expansión y colonización de las tribus túrquicas en Asia u Europa Oriental (Fuente: Dr. Kaveh Farroukh, website oficial. Enlace [en línea](#) [Comprobado: 10/14/2019])

A medida que iban llegando a Anatolia, los turcos asiáticos iban abandonando la religión chamánica de sus ancestros e iban aceptando y adoptando el islam. La transición de la religión que profesaban al islam no fue difícil, ni drástica, pues ambas religiones compartían numerosos puntos comunes. Ambas adoraban a un dios único, primero al dios-cielo y después a Allāh; los espíritus y almas de muertos se cambiaron por *al-ġinn*, el ‘genio’; la fortuna real se transformó en la gracia de Allāh, y las antiguas costumbres bélicas se transformaron en el *ġihād*, ‘guerra santa’ de un islam en esos momentos en plena expansión (Al-Sayed, 26).

Atraídos por estos intereses políticos y bélicos y escapando de la presión de la invasión de los mongoles, las tribus turcas de Asia alcanzaron el Mediterráneo en el siglo XV, ocupando con la entrada del siglo XI el territorio conocido como Anatolia, actual Turquía. Una de estas tribus, quizás la más fuerte, fue la de los selyúcidas (persa *Al-e Salġūq*, árabe *al-Asra Salġūqī*), que se convirtieron al islam de forma casi inmediata, y con la ayuda de los nuevos aliados pudieron hacer frente al Imperio bizantino y crear un estado independiente por primera vez en su historia. La denominación “turco” apareció con la entrada de estas tribus en el islam, para definir una nueva identidad que incluía a las tribus túrquicas islamizadas, y así diferenciarlas de las tribus túrquicas no musulmanas (a los que se referían generalmente con la palabra *tatar* o tártaros). La diferenciación aquí

se basa primero en la determinación de si son musulmanes y, en segundo lugar, en la diferenciación de su lengua y cultura étnica común de la árabe (Al-Sayed 1983, 10).

La propia naturaleza bélica de los turcomanos hizo que el nuevo estado que fundaron acabará dividido en una serie de territorios, llamados *beylik* ‘beylicatos’ (emiratos, o principados) y la península de Anatolia se convierte así en un conjunto de principados gobernados por *beys*. La herencia cultural pre-islámica de los turcos provenientes de Asia, y que les instaba continuamente a la actividad bélica y a las ansias de poder sobre terrenos, tesoros y riquezas, se vio encaminada, después de su entrada en el islam, hacia el *ḡihād* ‘guerra santa’ y el *ḡazw* ‘algazúa, campaña militar’, es decir, expansión de la religión mediante las armas y creación de nuevas regiones y estados confesionalmente musulmanas. Los diferentes *beylik*, sin un plan conjunto, se dedicaron a realizar ataques relámpago contra el debilitado Imperio bizantino. Esta presión constante poco a poco hizo ceder a Europa ante la expansión islámica. Resultaba ser una actividad muy interesante política, religiosa y económicamente para los turcos de Anatolia, y tanto es así, que en la segunda mitad del siglo XIII los ideales de el *ḡihād* alcanzaron su máximo para los *beyliks* turcomanos de Occidente (Al-Sayed 1983, 32).

La fuerza bélica de determinados grupos militares musulmanes, aunque dividida, era muy destacable, especialmente en la zona de Oriente Medio. Hay que destacar la victoria de los mamelucos de Egipto, guiados por *Baybars*, sobre los mongoles (‘Ayn Ḡālūt, Palestina, 1260), frenando así su avance hacia Occidente, así como la conquista de Acre en 1291.

Llegado el final del siglo XIII, comenzó a destacar un bey turcomano, que había llegado para instalarse en Anatolia occidental, cerca de la actual Ankara, muy cerca de las fronteras bizantinas. Su nombre era Osman Ḡazi. Su padre, Ertuḡrul Gazi (Ertoḡrıl), era un jefe de tribu de turcomanos y que se instaló en la comarca de la actual Ankara. Osman I (1258-1326) fue creador del poder de su dinastía y fundador del estado que duró hasta comienzos del siglo XX. Muy poco se sabe de la vida real de Osman, pues su biografía se relata envuelta en una serie de leyendas heroicas; éstas fueron creadas por sus descendientes, tras la conquista de la capital de Constantinopla –antigua capital del Imperio bizantino– en 1453, como una forma de fortalecer el linaje de los osmanlıes y dar importancia a sus antecesores (Hassan al-Imam 1985, 5)

La unión entre los musulmanes y las tribus de origen túrquico del centro de Asia se hizo sobre la base de una alianza estratégica para la conquista musulmana del continente asiático. Sin embargo, la aceptación y expansión del islam entre los turcomanos fue rápida, quizás fue así porque la nueva religión se incorporó como un elemento cultural, una nueva realidad y no un sentimiento religioso profundo, pero las costumbres pre islámicas se mantuvieron. En las fuentes turcas otomanas hallamos una gran alabanza al islam y se elogia la devoción de sus soberanos, sin embargo, pensamos que esto obedece más a razones políticas que a un verdadero sentimiento religioso.

La conversión de estas tribus centro-asiáticas a la religión islámica aportó importantes elementos culturales y artísticos, lo cuales alcanzaron una importancia creciente a medida que aumentaba el poder otomano sobre la región árabe-islámica. Estas influencias túrquicas se transmitieron a la arquitectura y artes islámicas de múltiples formas y manifestaciones. De todas ellas, se van a destacar seguidamente las relativas a la arquitectura funeraria islámica.

2. La arquitectura funeraria otomana

Los orígenes de la arquitectura otomana se han basado, en líneas generales, en una serie de normas establecidas por los selyúcidas que ocuparon la península de Anatolia, normas referidas especialmente a la planificación de las construcciones. Sobre estas

normas generales, los ingenieros otomanos consiguieron desarrollar la arquitectura selyúcida, y superarla, a través de audaces intentos de renovación y creación. La arquitectura otomana-islámica se fue enriqueciendo por el ambiente local, las tradiciones heredadas de las regiones bizantinas, las tradiciones armenias, las tradiciones islámicas con todas sus variedades (mamelucas, fatimíes, ayyubíes, persas, etc.) existentes en Irán, Siria y Egipto, además de las tradiciones propias turcas, heredadas de sus ancestros procedentes de Asia.

El arte y la arquitectura otomanas comenzaron con los primeros emiratos turcos. Era un arte basado en la imitación de las artes y arquitecturas con las que entraron en contacto en el Mediterráneo, especialmente las artes bizantinas, pero marcado profundamente por unas pautas tradicionales traídas su cultura arquitectónica y artística de gran vistosidad de su civilización asiática pre-islámica. Una vez instaurados en varias partes de Anatolia, los otomanos quisieron dejar una huella monumental en los territorios que iban ocupando; sus obras muestran, por un lado una grandeza heredada de la arquitectura bizantina de las islámicas previas, pero también la importante influencia de las antiguas tradiciones arquitectónicas, culturales y artísticas de los turcomanos.

Debemos destacar que la arquitectura otomana, por razones idiosincrásicas de los túrquicos y otros factores económicos y políticos, se desarrolló de forma rápida y se manifestó en ejemplares inigualables. Sin embargo, esto no ocurrió en todas las regiones ocupadas por el islam. La arquitectura de África del Norte, por ejemplo, no llegó a desarrollarse de forma tan amplia, y esto no solo se debe a que su arte y arquitectura son relativamente desconocidas por falta de investigación a partir del final de la descolonización. Almorávides y almohades crearon un arte basado en una fuerte personalidad y en una austeridad de recursos, arte del que conservamos algunas mezquitas con las paredes desnudas. En cuarto a las dinastías meriníes y hafsíes crearon una arquitectura vistosa pero poco conocida, de la cual destaca el trabajo en madera pintada, tallada y taraceada (Blair & Bloom, 114-123)

La arquitectura islámica se diferenció en dos facetas: la arquitectura asociada a la vida y al poder civil, formada fundamentalmente por lujosos palacios y jardines, y la arquitectura asociada a la muerte. Ambas tuvieron siempre un cierto carácter religioso y se rigieron por las normas islámicas. Sin embargo, la arquitectura de la vida imitaba la imagen del Paraíso descrita en el Corán: “Las fachadas parecen estar hechas de materiales como de encaje y se transforman en celosías transparentes cuando el sol ilumina su decoración estucada, horadada y trabajada con la finalidad de crear este efecto de incorporeidad. Los espejos, los azulejos vidriados, la madera dorada y el mármol pulimentado, todo brilla, reluce y refleja la luz fuerte y violenta de las tierras islámicas (Michell *et alii*, 256). Por otro lado, está la arquitectura funeraria, austera en las épocas más tempranas, pero que evolucionó por las influencias arquitectónicas de las regiones que el imperio fue anexionando. Dos son los elementos arquitectónicos que fueron introducidos con fuerza por los turcos otomanos en la arquitectura islámica y que se extendieron por todo en imperio otomano: son las estructuras asociadas a los ritos funerarios, los mausoleos y las cúpulas.

2.1. *Mausoleos*

La tradición de construir mausoleos se inició con los mamelucos y se masificó y extendió con los otomanos. Los mausoleos se extendieron por toda la región gobernada por los otomanos, y muchos de ellos sobreviven hasta nuestros días (especialmente en la zona de Oriente Medio).

Son estructuras rectangulares con techumbre curva, construidas encima del lugar en que se entierra el difunto. Estas arquitecturas se reservan para lugar de entierro de las

figuras más importantes, héroes y gobernantes, desde descendientes del Profeta, a los sabios y místicos de la fe islámica.

Pueden estar al aire libre o en el interior de otros edificios, como mezquitas, hospicios, madrazas, u otros edificios para la beneficencia.

2.2. Cúpulas

Las cúpulas son elementos arquitectónicos no árabes, que fueron adaptados de la arquitectura bizantina, principalmente, de forma rápida y sobresaliente en la arquitectura otomana, para así expandirse por todo el territorio controlado por su imperio. Las construcciones otomanas pretendían dar la sensación de grandeza desde el exterior: eran construcciones altas y de grandes dimensiones que se solían localizar en lo alto de colinas o mesetas o cualquier superficie de mayor altura que el territorio colindante, e incluso sobre otras construcciones, como mercados construidos o tiendas. Con esto se pretendía aumentar la grandeza y altura de la edificación.

El elemento arquitectónico que puede considerarse otomano por excelencia y que contribuía a esta grandeza eran las cúpulas, que se levantaban especialmente sobre el domo central de las construcciones o las salas de oración de las mezquitas. Estas construcciones se caracterizan por la consistencia y la armonía en que se intercalaban las formas y elementos, como las puertas, ventanas, arcos y bordes.

Los minaretes de las mezquitas, sin embargo, surgen de forma abrupta a través del bloque y se caracteriza por unas texturas finas y delicadas, múltiples ventanas y una cabeza fina y cónica.

No queremos crear con estas afirmaciones la confusión de que las cúpulas se utilizaron exclusivamente por los otomanos en la arquitectura islámica. Tenemos excelentes ejemplares de la arquitectura islámica con importantes cúpulas, como por ejemplo la Cúpula de la Roca. Este edificio se construyó en el punto ocupado por la Roca desde la que el Profeta Muhammad, realizó el milagroso viaje nocturno (*mi'raj*) desde Medina a Jerusalén, y vuelta. Terminada en el año 691, la grandeza de esta edificación obedecía a la misión que tenía, y que nos explican Richard Ettinghausen y Oleg Grabar: “conmemorar la victoria del islam, que completa la revelación de los otros dos credos monoteístas y competir en esplendor y magnificencia con los grandes santuarios cristianos. Es incluso posible que para los omeyas tuviera un significado como lugar sagrado de su dinastía con connotaciones salomónicas a través de la representación de los árboles del paraíso” (Ettinghausen & Grabar 1987: 33). Hay que anotar que el aspecto final de la cúpula lo adquiere tras la última restauración de época otomana.

Las cúpulas han sido uno de los elementos principales de las construcciones otomanas, y el más importante de los elementos utilizados en los techos. Se pueden encontrar una o varias cúpulas sobre las salas más grandes de los edificios, pero también encontramos semicúpulas o cúpulas más pequeñas alrededor de estas cúpulas centrales o formando ramificaciones de estas. Y en la evolución de arquitectura se ha perseguido siempre aumentar el diámetro y la altura de las cúpulas centrales.

En cuanto a la forma de las cúpulas: son esféricas, un poco más pequeñas que la semiesfera, recubiertas por placas de mármol en su exterior o de cúpulas cilíndricas casi cónicas con un gran número de ventanas separadas por pilares prominentes. En ocasiones encontramos con elementos con formas prismáticas que se ven con frecuencia en las esquinas y alrededor de los muros, como base y soporte de las elevaciones circulares. Estas formas prismáticas son una forma más desarrollada y sofisticada de las formas triangulares que se utilizaban en las construcciones selyúcidas y bizantinas.

El Imperio otomano practicaba oficialmente la rama suní del islam, por lo tanto, compartían las mismas ideas sobre la vida y la muerte con el resto de los musulmanes de

esta rama. Para los musulmanes existe la vida después de la muerte, siendo la muerte solo la puerta de paso de esta vida terrenal al Paraíso, donde el creyente tendrá una vida libre de pecado, eterna y llena de placeres.

Sin embargo, esta vida en el Paraíso tras de la muerte sólo la alcanzan quienes han obrado bien en esta vida, es decir, la vida después de la muerte no comienza hasta el Día del Juicio Final (*Yawm al-Qiyāma*), cuando cada hombre y mujer serán juzgados. El resultado de esta prueba final decidiría el destino eterno del alma, es decir, si va al Paraíso o al Infierno. Todos los muertos desde el inicio de la Historia esperan este Día del Juicio Final en la tumba, totalmente sumisos a la muerte.

Aunque la religión suní era la oficial y la cultura otomana estaba bien enraizada, el Imperio otomano era un estado multinacional, multicultural, en el que convivían diversas lenguas y religiones, por lo que también iban a existir muchas costumbres y rituales de muerte, así como diferentes prácticas funerarias, siendo los rituales y prácticas musulmanas las que predominaban sobre ellas en un principio. Sin embargo, las prácticas que eran esencialmente islámicas, profundamente reflejadas en la cultura fueron cambiando y evolucionando a medida que el Imperio crecía y se expandía. Los rituales de la muerte y las prácticas funerarias de la cultura otomana fueron influyendo, por un lado, y adoptando elementos de las culturas con las que se mezclaban, por otro, y evolucionaron en diferentes formas, creándose nuevos rituales, no sólo para los no musulmanes bajo la ocupación otomana, sino también de las provincias capitales otomanas y del resto de las provincias árabes (Al-Watary, 2-4).

2.3. Ritos referidos a la muerte

En las primeras etapas del Imperio otomano, los rituales y prácticas asociadas con la muerte mostraban una importante y directa apropiación de las tradiciones árabes y musulmanas. Ejemplos de estas tradiciones se reflejan en los cementerios otomanos, y en particular, en las lápidas. Si observamos el contenido de las lápidas otomanas de estas etapas, vemos inscripciones árabes que proporcionan la información más básica sobre el difunto. Esta información incluye el nombre del difunto, el nombre de su padre y la fecha de la muerte. La creencia islámica de que la muerte es parte natural del ciclo de vida, prohíbe por un lado las muestras excesivas de dolor, pues puede ser interpretado como un rechazo de la Voluntad Divina; y por otro, la búsqueda de la humildad en todos los aspectos de la vida, especialmente en las sepulturas, en obediencia al *hadīṭ* del profeta Muhammad: “Las mejores tumbas son las más austeras,” lo cual diferenciaba muchas de las prácticas funerarias otomanas, que conservaban parte de las tradiciones pre-islámicas turcas (como los largos duelos y las muestras excesivas de dolor) (Salman, 87). En estas etapas los rituales de muerte seguían a rajatabla los principios islámicos fundamentales.

Las costumbres derivadas de los principios islámicos más importantes son: el cuerpo del fallecido era lavado, se le realizaban las mismas abluciones que se hacían antes de cada rezo y luego se cubría con un sudario sin costuras antes de ser colocado en un ataúd y llevado a una mezquita para la oración fúnebre. Los ojos del difunto se cierran, se ata la mandíbula, se juntan los pies, las manos se cruzan sobre el abdomen, se cambia la ropa de cama donde se va dejar, se limpia la habitación y se recita el Corán en la cabecera del muerto hasta el momento de la oración. La oración fúnebre tiene lugar con la asistencia de familiares, amigos y conocidos, aunque la asistencia era pública, por lo que podía ser atendida por toda la comunidad. Después de la oración fúnebre, el cuerpo es llevado a la tumba, y es enterrado donde descansa hasta el Día del Juicio Final. Los hombres eran enterrados directamente en la tierra, sin el ataúd, mientras que las mujeres solo podían ser enterradas sin ataúd si su padre, hermano o hijo estaban presentes para colocarla en su tumba. En ausencia de estas figuras, las mujeres eran enterradas dentro de un ataúd

incluso si el esposo está presente, ya que, en el islam, el matrimonio se anula con la muerte. El cuerpo debe ser colocado acostado sobre su costado izquierdo y con la cabeza orientada hacia la Ka'ba, en suma, en dirección de La Meca (Al-Watary 2011, 4).

Con la entrada del siglo XVI ya se observaba una importante evolución en las prácticas funerarias otomanas. Las lápidas comenzaban a ser más elaboradas, utilizaban materiales más lujosos, como mármol, con decoraciones talladas en la piedra y epitafios, cuyos inscripciones se escribían hasta el momento en árabe, comenzaban ahora a reemplazarse por el turco-otomano, como muestra de pertenecer a una clase noble otomana y no árabe (Hathaway, 105-107). Tales prácticas solían ser consideradas reprobables en el islam porque a la muerte se eliminaban las desigualdades mundanas y se acercaba al difunto a Dios. Tanto es así, que los sabios más tradicionalistas del islam consideraban innecesario dejar rastros o señalización de las tumbas. Pero los otomanos sobrepasaron las creencias y las prácticas islámicas, llegando a crear monumentos mortuorios y mausoleos flagrantes.

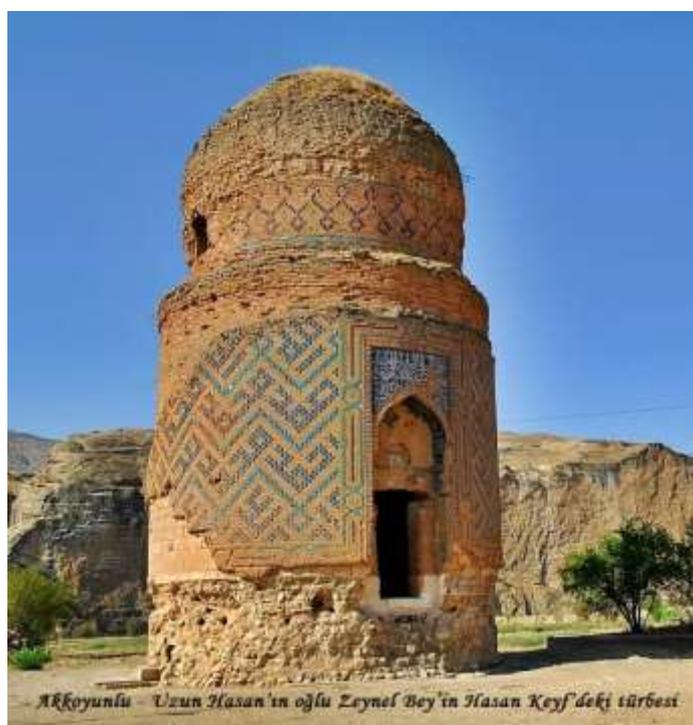


Imagen 2. Tumba-mausoleo de Zeynel Bey, en la región de Hasankeyf, fallecido en el año 1473 en la guerra de Otlukbeli. Fuente: web Tarih ve Arkeoloji, enlace [en línea](#) [Comprobado: 03/09/2019].

Las primeras sociedades turcomanas, que habitaban las tierras al norte de los territorios históricos chinos, poseían unas creencias y leyendas propias sobre la muerte, las cuales resultaron en la construcción de numerosas tumbas y mausoleos de gran interés para los historiadores del arte en la actualidad. Además, la arquitectura funeraria islámica se ha enriquecido como resultado de la adhesión turcomana a la fe del islam, aportando el bagaje cultural de sus antepasados.

El nacimiento, el matrimonio y la muerte son los tres acontecimientos más importantes de la vida, y por ello, un gran número de creencias, costumbres, tradiciones, ceremonias, ritos, comportamientos patrón y relaciones humanas se han ido formando alrededor de ellos. En el caso de la muerte, las creencias, costumbres, ceremonias, y

prácticas en general, que se han acumulado se pueden dividir en tres importantes conjuntos: según preceden a la muerte, se producen durante la muerte, o después de ésta.

2.4. Tipología de edificios funerarios

La tipología de las estructuras funerarias utilizadas por las tribus turcas procedentes de Asia vemos que fue variada, pues encontramos *kurgans* o túmulos, dispersos tanto en Asia interior como central. También encontramos complejos funerarios llamados, *Göktürk*, que datan del siglo VI, que consisten en tumbas con talla figurativa, recubiertas por estatuas de piedra que representan a los muertos erigidos sobre las tumbas, estatuas de carneros y caballos, *kümbets* y *türbes* respectivamente (Anthony, 290), etc.

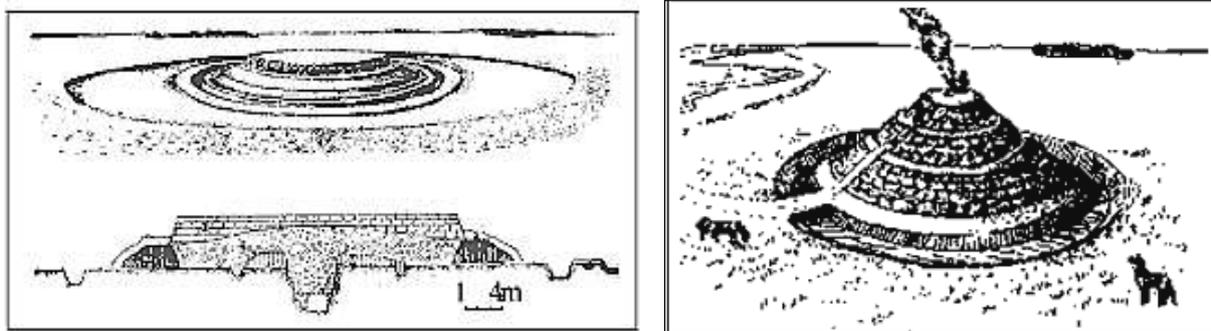


Imagen 3. A la izquierda, Kurgán de Kara-Oba, norte de Kazajstán. Reconstrucción de la superficie de construcción del kurgán, variante plana. Fuente: Zdanovich *et.al.*, fig. 4. **Imagen 4.** A la derecha, variante de kurgan en forma cónica, en Varna (Sur de los Urales). Fuente: Tairov & Botalov 1988, fig. 7). [Enlace en línea](#) [Comprobado: 03/09/2019].

Las tradiciones funerarias estaban repletas de muestras de tristeza y de honores hacia el difunto, especialmente para aquellas personas de estatus social alto o de importantes logros o hazañas. Del mismo modo, y desde los primeros períodos de la historia, las sociedades turcomanas respetaron a las personas que habían prestado servicios beneficiosos para el estado y el pueblo, como los gobernantes y comandantes militares, conocidos como *kağan*; se les agradece haber conquistado nuevas tierras y esposas (Fairbank, 367). La construcción de tumbas monumentales fue una forma de expresar el agradecimiento a aquellos con quienes la sociedad estaba en deuda, siendo ésta una costumbre social fuertemente arraigada (Diyarbekirli, 5).

Los restos de las tradiciones heredadas relativas de las creencias chamánicas turcomanas, a las ceremonias de entierro y luto asociadas, se extienden desde el extremo más oriental de la Ruta de la Seda hasta Anatolia y más allá en los Balcanes. Estos monumentos funerarios se encuentran dispersos a lo largo de la Ruta de la Seda desde la frontera china hasta Anatolia. En el contexto histórico, comprendemos que estos restos pertenecen a la cultura turcomana pre-islámica, pues ningún otro pueblo pudo haber tenido la oportunidad de difundir sus monumentos funerarios en un área tan vasta.

En los primeros tiempos, cuando la Ruta de la Seda se estaba convirtiendo en una importante ruta comercial, los turcos que vivían en las fronteras del norte de China, llevaban vidas seminómadas, moviéndose entre pastos de verano y asentamientos de invierno. El pueblo turco de estas regiones vivía en tiendas cilíndricas, con techos semicirculares similares a las cúpulas que se levantaban y desmontaban fácilmente para ser transportadas de un lugar a otro. Esta tienda es considerada el tipo más antiguo de vivienda turcomana, y son conocidas como yurta (*yurt*, nombre que probablemente derive de *öy* o *üy*). Estas estructuras todavía se usan en muchas regiones a lo largo de la Ruta de la Seda.



Imágenes 5, 6 y 7. Tiendas Yurt de diferentes formas, utilizadas en la actualidad en diferentes regiones de Asia (Fuente: Google Images)

Podemos comprobar a simple vista que la mayoría de las tumbas en las tierras que se extienden desde la región Tokmak de Kirguizistán y el área al norte del lago Issyk en Kazajstán hacia el este y llegando hasta la frontera china, se asemejan a las tiendas conocidas como *öy* o *üy* en cuanto a su forma. Dentro de la tumba de estructura exterior en forma de tienda encontramos la lápida y un montículo de tierra debajo del cual se entierra el difunto. Sobre las carpas metálicas enmarcadas hay un remate en forma de media luna, de estrella o ambas a la vez. El marco de metal está recubierto con una fina capa de yeso que sugiere el revestimiento de lana de una tienda de madera real con marco. Con el tiempo, esta capa de yeso sobre el marco de metal se erosiona, revelando el marco de metal desnudo (Ermolenko *et alii*, 60).

Dado que la influencia del islam es fuerte en las regiones de Kirguizistán y Kazajstán que limitan con Uzbekistán, este tipo de tumba que refleja la tradición turca pre islámica es muy raro. Sin embargo, en las regiones de Kirguizistán y Kazajstán que no limitan con Uzbekistán y no profesan mayoritariamente la fe islámica, aún continúan las ceremonias de entierro y las costumbres de duelo (*yoğaç*) que se remontan al período *Göktürk* de los siglos VI y VIII (Jacquesson, 300)

Hoy, cuando una persona muere en Kirguizistán, se levanta una tienda de campaña conocida como *bozüy* en el jardín de su casa. Esta tienda se construye de telas gruesas montadas sobre un marco de forma similar a la de las tiendas *yurt*, pero de dimensiones mayores. No se colocan artículos en el interior, y de acuerdo con el concepto de luto, la tienda está desprovista de los coloridos paños, alfombras, lanas estampados o bordados que normalmente la adornan. El difunto se acuesta dentro de la tienda sobre una gran cama de paja, hierbas aromáticas y hojas fragantes, y se cubre con una tela blanca. Antes del entierro, el cuerpo yace en la tienda durante dos o tres días, tiempo durante el cual solo entran los parientes cercanos. Los amigos y vecinos que vienen a ofrecer sus condolencias permanecen fuera de la tienda. En el interior, dos alfombras de lana se extienden en el suelo para que los miembros de la familia se sienten para asistir a una ceremonia de duelo y llanto, mientras que los parientes más cercanos se sitúan a la puerta para recibir el pésame de vecinos y conocidos. Los dolientes dentro y alrededor de la tienda, recitan lamentos conocidos como *koşok*. No se da una fiesta fúnebre mientras el cuerpo esté en la tienda, porque está prohibido encender un fuego en la casa del difunto. Una vez enterrado, se celebran comidas para los conocidos, amigos y familiares los días tercero, séptimo y cuadragésimo después de la muerte. La carne que se sirve es de los caballos que son sacrificados para la ocasión. Hasta hace aproximadamente un siglo, si la persona muerta era un hombre rico, un estandarte con el símbolo de su clan o tribu volaría sobre la tienda. Este estándar se conocía como *buncuk* (Jacquesson, 281-303).

Las fuentes chinas proporcionan informes detallados sobre las ceremonias de entierro de *Ġöktürk* durante los siglos VI al VIII, que comprobamos que son muy similares a estas que acabamos de describir. Una crónica de Tang ofrece la siguiente descripción de una ceremonia de entierro que tuvo lugar en el siglo VI:

Colocan el cuerpo en una tienda de campaña, y los hijos, nietos y otros parientes, ya sean hombres o mujeres, sacrifican caballos y ovejas y los extienden ante la tienda. Montan alrededor de la tienda siete veces a caballo. Se cortan la cara con cuchillos y lloran en la puerta de la tienda. La sangre mezclada con las lágrimas corre por sus rostros. Repiten esta ceremonia siete veces. Luego, cierto día, entierran el cuerpo con su caballo y todos los objetos personales que utilizó, o lo quemar en una pira. Si el cuerpo se quema, entierran las cenizas en su tumba en un día particular del año. Entierran a los que han muerto en verano en otoño, cuando la hierba y las hojas se vuelven marrones, y los que mueren en invierno los entierran en primavera cuando florecen las flores y las nieves se han derretido. El día del entierro, los parientes de la persona difunta montan a caballo, se cortan la cara y lloran, tal como lo hicieron el día de la muerte. Pintan imágenes del hombre muerto y las batallas en las que luchó en las paredes de la estructura erigida sobre la tumba. Si la persona muerta ha matado a un hombre durante su vida, coloca una piedra sobre su tumba. A veces estas piedras ascienden a cien o incluso mil. Después de sacrificar caballos y ovejas, colocan las cabezas en estacas (Twitchett, 231).

Vemos pues, las grandes similitudes entre las ceremonias funerarias turcomanas pre islámicas y las existentes actualmente en las regiones de las que este pueblo procede. De hecho, estas mismas costumbres persistieron después de la adopción de los turcomanos de la fe islámica. Las ceremonias de entierro de las tribus turcas *Oğuz* en el siglo IX son muy similares, como vemos en una descripción de Ibn Faḍlān (18).

El sultán otomano Murad I fue asesinado en por un soldado serbio llamado Miloš Obilić, durante de la Batalla de Kosovo en 1389. Una carpa fue erigida inmediatamente sobre su cuerpo, que fue embalsamado por cirujanos del ejército. Los órganos internos del sultán fueron enterrados allí dentro de una cuenca de oro. Se erigió otra tienda sobre este lugar hasta que se construyera una tumba de piedra en su lugar. El cuerpo embalsamado de Murad I fue llevado a Bursa y enterrado en una tumba junto a un *imaret* o una casa de beneficencia que había construido en el distrito de *Çekirge*.

Los cuerpos de importantes figuras turcas que murieron en tierras extranjeras siempre fueron embalsamados y transportados de regreso a su tierra natal. Cuando el Sultán Süleyman el Magnífico murió por causas naturales durante la campaña de Sigetvar, él también fue embalsamado y sus órganos internos enterrados en cuencas de oro en el lugar donde murió. Nuevamente se erigió una carpa sobre esta tumba hasta que se pudo construir una tumba de piedra. Su cuerpo embalsamado fue llevado de regreso a Estambul y enterrado en su tumba en la mezquita Süleymaniye. Existe una pintura en miniatura con el nombre del sultán Süleyman en la Biblioteca de manuscritos de Chester Beatty en Dublín en la que se ilustra una carpa y una tumba excavada en su sombra.

Conclusiones finales

A pesar del paso de largos siglos y la conversión de varias comunidades turcomanas a otras religiones diferentes durante ese largo período de tiempo, las costumbres funerarias tribales turcomanas sobrevivieron a lo largo de los miles de kilómetros de la Ruta de la Seda, desde Asia interior y central hasta Anatolia, y hacia el oeste en los Balcanes. La forma en que las costumbres se preservaron fielmente a través de tantos

cambios hasta la época otomana se debe a la rica estructura cultural y al dinamismo que une a los pueblos a lo largo de la Ruta de la Seda.

Las costumbres túrquicas que rodean a la muerte, funerales y luto han sobrevivido no solo para los turcos otomanos, sino que persisten hasta hoy en día en las regiones ocupadas por tribus que proceden de las mismas raíces. Las costumbres funerarias se han acompañado de las formas arquitectónicas asociadas a ellas, como nos muestran todos estos ejemplos, que ilustran que las tiendas fueron la primera estructura de la tumba del pueblo turcomano, y con el tiempo se transformó en una estructura de piedra similar con una forma cilíndrica y un techo en forma circular, ya sea en forma de los mausoleos o *maqām* de pequeñas dimensiones, o en forma de cúpulas de inmensas dimensiones. La creación de los mausoleos o la adopción de las cúpulas bizantinas son, a nuestro parecer, la continuación de un estilo túrquico preislámico asociado a prácticas chamánicas que acabaron adoptándose en las artes islámicas como elemento arquitectónico propio. El hábito de construir mausoleos, y que se extendió por los territorios ocupados por los otomanos, deriva de una de estas costumbres provenientes de las tribus turcas asiáticas y constituye más una costumbre turca que una del mundo árabe-islámico.

De este modo, vemos que las tradiciones han marcado mucho al pueblo turcomano. Desde los inicios y formación de su civilización, estas tradiciones son una curiosa mezcla entre lo religioso, lo profano y las infinitas influencias que alcanzaron la civilización otomana debido a su gran extensión y a que englobó diversos pueblos y culturas. Se trata pues de unas tradiciones que hacen de le dan a este pueblo una forma especial de ser, que además presentan variaciones puntuales más o menos marcadas, según la región de la que tratemos.

Mientras que una parte de estas prácticas realizadas inmediatamente después de la muerte está directamente relacionada con el cuerpo del difunto, otra parte se ha formado alrededor de la misma idea de la muerte. Tales prácticas se pueden englobar en el grupo de preparativos preliminares para preparar el paso de la persona al otro mundo. Otras derivan del temor a la muerte y al hecho de que la muerte se haya personificado en la cultura turca como una persona viva. Un tercer grupo de estas prácticas tradicionales se corresponde con las consideraciones higiénicas y tradiciones religiosas.

La arquitectura funeraria se ha ido enriqueciendo con el contacto con otras culturas pero siempre con total adhesión de los turcos otomanos al culto de sus antecesores asiáticos. Desde los primeros periodos de la historia de las sociedades turcas se han presentado infinitas muestras a las personas que han prestado servicios al Estado y hecho beneficencia a la sociedad, como gobernantes, militares, sabios, etc. La construcción de tumbas monumentales era una forma de expresión del agradecimiento de la sociedad a su labor en vida, y esta práctica estaba profundamente enraizada en la cultura social; esto lo demuestran los monumentos funerarios dispersos a lo largo de la Ruta de la Seda, desde la frontera china hasta Anatolia. Quizás muy pocas culturas hayan podido expandir sus monumentos por un área tan amplia, y eso se debe a que, a medida que la Ruta de la Seda iba ganando importancia como una de las principales rutas comerciales del mundo, los ancestros nómadas de los otomanos que vivían en las fronteras septentrionales de China, fueron dejando su rastro a lo largo de ella.

Obras citadas

- Anthony, David W. *The Horse, the Wheel, and Language: How Bronze-Age Riders from the Eurasian Steppes Shaped the Modern World*. Princeton: Princeton University Press, 2010.
- Blair, Sheila. S. & Jonathan M. Bloom. *Arte y Arquitectura del Islam. 1250-1800*, Madrid: Ediciones Cátedra, 1999. Col. Manuales Arte Cátedra.
- Diyarbakirli Nejat. *Tomb Structure and Burial Customs among the Turkish Peoples on the Silk Road*. [S.l.]: Unesco Org., 2001. 4 pp. Enlace [en línea](#) [Comprobado: 29/10/2019]
- Ermolenko, L. N., A. I. Soloviev, & Zh. K. Kurmankulov. "An Old Turkic Statue from Borili, Ulytau Hills, Central Kazakhstan: Issues in Interpretation." *Archaeology, Ethnology & Anthropology of Eurasia* 46/1 (2018): 59-65. Enlace [en línea](#) [Comprobado: 29/10/2019]
- Ettinghausen, R. & O. Grabar. *Arte y Arquitectura del Islam. 650-1250*, Madrid: Cátedra, 1996. Col. Manuales de Arte Cátedra.
- Fairbank, John King. *The Cambridge History of China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1978. 15 vols.
- Findley, Carter Vaughn. *The Turks in World History*. Oxford: Oxford University Press, 2005.
- Hamilton, William John. *Researches in Asia Minor, Pontus and Armenia. Some account of their Antiquities and Geology*. Londres: John Murray, 1842. 2 vols. Reimpreso: Hildesheim/Zürich/New York: Georg Olms Verlag, 1984. Vol. I.
- Ḥassan al-Imām, M. *Al-Sulṭān Ġāzī 'Uṭmān, bayna l-ḥaqīqa wa-l-asāṭir*. Damasco: Dār al-Kutub, 1985.
- Hathaway, Jane. *The Arab Lands under Ottoman Rule: 1516-1800*. Londres/Nueva York: Routledge 2013.
- Holster, Charles W. *The Turks of Central Asia*. Westport: Connecticut: Praeger, 1993.
- Ḥussām al-Dīn, Ismā'īl & M. 'Abd al-Fattāḥ. *Madīnat al-Qāhira fī wilāyat al-mamālīk al-baḥriyyīn*. El-Cairo: Dār al-Āfāq al-'Arabiyya, 1997.
- Ibn Faḍlān. *Risāla fī waṣf ar-riḥla ilā bilād at-turk wa-r-rūs wa-ṣ-ṣaqāliba*. Trad. ingl., est. Paul Lunde & Caroline Stone. *Ibn Fadlān and the land of Darkness: Arab Travellers in the Far North*. París: ed. Penguin Classics, 2012.
- Jacquesson, Svetlana. "The Sore Zones of Identity: Past and Present Debates on Funerals in Kyrgyzstan." *Inner Asia* 10, n. 2 (2008): 281-303.
- Maenchen-Helfen, Otto J. & Max Knight (ed.). *The World of the Huns*. The University of California Press, 1973.
- Michell, George (dir.) *et alii. La arquitectura del mundo islámico, su historia y significado social*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Moffett Michael, Marian Fazio & Lawrence Wodehouse. *A World history of architecture*. Londres: Laurence King Publishing, 2008.
- Salman, A. *Ṭaqāfāt al-mawt fī Āsiā qabl al-faḥ al-islāmī*. El Cairo: Dār al-Ma'ārif, 1986.
- Al-Sayed, M. *Tārīḥ al-turkumān al-islāmī*. El Cairo: Dār al-Nāṣr, 1983.
- Sinor, D. "The Hun Period." En D. Sinor, ed. *The Cambridge history of Early Inner Asia*. Cambridge: Cambridge University Press. 1990. 177-205.
- Tairov A. D. & S. G Botalov. "Kurgan u s. Varna." In *Problemy arkheologii uralokazakhstanskikh stepei*. Chelyabinsk: Izd. Bashkir. Gos. Univ., 1988. 100-125.

- Twitchett, Denis. *Writing of Official History under the Tang*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009.
- Al-Watary, A. *Fiqh al-wuğūd: Muqaddima fī-l-mafhūm al-Qur'ān li-l-ḥayā wa-l-mawt wa-l-ğanna*. El Cairo: Al-Ma'mūn, 2011.
- Wood, Frances. *The Silk Road: Two Thousand years in the Heart of Asia*. California: University of California Press, 2002.
- Zdanovich, G. B., I. B. Ivanov, M. K. Khabdulina. "Experience in using of Paleosoil research methods in archeology (mounds Kara-Oba and Obaly in Northern Kazakhstan)." *Sov. Archaeol.* 4 (1984): 35-48.